... Introducción a las ciencias de la educación, tema 10. Función social de la educación. Por los profesores Dr. Don Juan Manuel Moreno García y el Dr. Don Victoriano Rostán Gómez. Adolfo Ferrier cita en una de sus principales obras y con patentes señales de aprobación las siguientes palabras de Chessy. La educación cívica es una educación moral. Esta es una de las verdades mejor demostradas. Pero está lejos la teoría de la práctica, el precepto del acto. ¿Cómo se esfuerzan en conjugar la innegable crisis de civismo que nos ha traído el materialismo práctico y la realpolitik? Aumentando el número de horas que el programa escolar concede a la instrucción cívica. Pero ¿se conseguirá con esto crear en los alumnos el gusto?

¿Habrán hecho justo el deseo, la voluntad y la necesidad de tomar una parte activa en los asuntos públicos? ¿Se les habrá dado el hábito de la democracia, el hábito de ejercer sus derechos cívicos, el hábito de la responsabilidad social, el hábito de discutir, de votar, de evitar los escollos de la intriga y del favoritismo? ¿Habrán hecho en una palabra el aprendizaje de la vida cívica? Junto a esta opinión, vale la pena destacar la de Kirchner. Ya hemos reconocido que ser ciudadano significa servir a una idea moral, a un fin supremo que se haya fuera de nosotros. Educación cívica, por lo tanto, viene a ser sinónimo de educación para las virtudes de atención y de consagración a una suprema idea moral. Esto es, sinónimo de educación del carácter desinteresado. Ninguno de los impulsores de la escuela nueva duda de la entrañable unión que se ha hecho en la historia de la educación.

existe entre educación social y educación moral. Si reprochan, como vimos, a la antigua escuela, el no haberse preocupado apenas de la educación social de los alumnos, la base fundamental de sus argumentos radica en que la vieja escuela dio de lado a la educación moral, ocupándose en exclusiva de la educación intelectual. No es lícito, por tanto, poner en tela de juicio la evidente preocupación moral que embarga a todos los grandes y menos grandes representantes del movimiento de la escuela nueva. Otra cosa es llegar a conclusiones válidas respecto a lo que ellos entienden por educación moral y por moralidad. Por el momento, nos basta declarar su decidida oposición a la escuela antigua, precisamente por haber sacrificado la formación del carácter a la formación de la cabeza. El asunto está en que la moral, como la sociabilidad, no pueden ser enseñadas.

se resisten a ser enseñadas. Reddy escribía a finales del siglo pasado las siguientes palabras. La moralidad no puede ser enseñada por lecciones y sermones, como si se tratase simplemente de una de las diferentes ramas de estudios. Es más bien el resultado de toda la influencia de la escuela que se expresa en cada acto de la vida escolar. Se trata, esta opinión, de una de esas opiniones admitidas a ojos cerrados por todos, teóricos y prácticos. María Montessori hizo de ese punto uno de los pilares de sus case de Ivambini. Roger Cousinet lo afirmó con indudable energía. La moral no puede ser objeto de lecciones bajo el mismo punto de vista que lo son las asignaturas de orden intelectual, porque la moral es acción. Al traducir estas palabras, Adolfo Ferrier no puede menos que corroborarlas enteramente. ¿Quiere decirse entonces... ...

que es inútil toda instrucción moral y, por tanto, toda instrucción social y cívica, quiere decirse, sencillamente, que el ambiente de moralidad y de socialidad debe rodear y estimular al educando mucho antes de que sus oídos escuchen explícitas referencias a esos temas. Porque de nada serviría predicar sobre la limpieza en una escuela donde los alumnos y los profesores se han habituado a tirar al suelo papeles y colillas. Lo mismo

podría decirse de ideales más altos. Unos ideales simplemente representados son inactivos. Podemos tenerlos impresos a centenares en nuestro cerebro y, a pesar de todo, si no se les ha dado la ocasión de transformarse en actos y de adquirir así una relación con nuestro propio yo, continúan siendo simples castillos en el aire, incapaces de conducir. nuestra voluntad a una sola decisión.

Es la misma consideración que lleva a Dewey a condenar las lecciones esporádicas sobre patriotismo. De todo lo cual puede deducirse que la instrucción social sería inútil en aquellas etapas en las cuales los alumnos no han adquirido la mínima madurez social exigible y que por tanto la regla general es que no debería formar parte de un programa de instrucción en la escuela elemental. Pero hay más. No se trata sólo de negar la utilidad de una instrucción social prematura. Podría ocurrir que el niño adoptase una serie de formas exteriores de sociabilidad o de honestidad simplemente por obediencia al educador. John Dewey dice que tal adopción de formas constituye una imitación puramente mecánica de la conducta moral que se encuentra desprovista de valor ético. Ya que tiene su punto de vista. No hay un medio de apoyo fuera del individuo y no en su organismo moral.

el único punto de partida en verdad válido es la conducta moral y la conducta social del educando. Analizando un artículo ya antes citado de Roger Cousinet, ha escrito Ferrier, en el dominio de la acción no es posible colocarse en el terreno de la lógica y admitir que el cerebro del niño es una tabla rasa. Hay que colocarse en el terreno de la acción y reconocer que el niño tiene ya una moral en el momento en que el profesor comienza a ocuparse de ello. Conocer esta moral, basarse en ella y partir de ella para perfeccionarla es el camino que hay que seguir. En lo que nos interesa, hay que partir de la vida social que desarrollan los niños, sea cual fuese su edad. Después vendrá, en apoyo de la experiencia y como respuesta a interrogantes vitales, una instrucción moral que, con palabras de Jean Piaget, no debe ser... de ningún modo...

modo proscrita. En resumen, es inútil toda enseñanza social que no se haga con ocasión de una vida social auténtica en el seno mismo de la clase. Veamos ahora cómo se relacionan los intereses sociales y las virtudes sociales. Como reacción contra la antigua pedagogía, la escuela nueva nos pone ante los ojos un tipo de educación que tiene en su base los intereses y necesidades del niño, es decir, del educando. Clapared, pensando en su esencia vital y en su irreductibilidad a precisas reglas metodológicas, la bautizó con un nombre expresivo, educación funcional. Si su punto de partida está constituido por intereses en vez de obedientes respuestas a las lecciones del profesor, su punto de llegada consiste fundamentalmente en la educación. En un conjunto de virtudes en lugar de un conjunto de conocimientos.

Dewey que es psicológicamente imposible provocar una actividad sin algún interés. Llevada al concreto terreno que aquí nos interesa, podríamos traducir la frase de este otro modo. Es psicológicamente imposible provocar una provechosa actividad social sin algún interés social previo. Pienso que ningún hombre de la escuela nueva se negaría a aprobar plenamente esta fórmula. Conviene, sin embargo, apresurarse a deshacer posibles malas interpretaciones de ese interés social previo que hay que estimular y exigir al educando. No se trata de contraponerlo al esfuerzo, como si fuesen dos principios metodológicos ajenos y aún contrarios. Dewey lo vio con toda claridad y no tuvo inconveniente alguno en condenar,

junto a los fanáticos del esfuerzo, a los fanáticos del interés. Es más, aunque él y otros no se han hecho tan bien, no se han hecho tan bien. El otro reformador...

bautizaron a veces la pedagogía antigua como una pedagogía del esfuerzo y a la nueva, la propugnada por ellos claramente, con el nombre de pedagogía del interés, sería del todo injusto pretender conferir a esas denominaciones el papel de contrincantes de una lucha sin cuartel. Contra las muchas interpretaciones simplistas que se han dado, es preciso reconocer los hechos tal como son. Si de alguna lucha o enfrentamiento se trata, solo está en el ánimo de los reformadores enfrentar una pedagogía del esfuerzo baldío, del esfuerzo por el esfuerzo. Todo esto significa que de los simples intereses sociales no puede accederse sin más a las virtudes sociales. Hablando de intereses, lo primero que nos hacen notar los hombres de la escuela nueva es que al educando le interesa. Desde edades bastante tempranas,

El contacto con los demás. No es el niño un ser insocial a ultranza, aunque no cabe duda de que sí lo es en determinados aspectos. Y desde luego, lo que el niño no es de ningún modo es asocial o antisocial. A pesar del fervor de casi todos los nuevos reformadores hacia Rousseau, ninguno de ellos le seguiría en este terreno. Conviene que el niño, escribía Ferrier, esté en contacto con el mayor número posible de semejantes, adultos o niños. Rousseau no había pensado en este aspecto de la cuestión cuando soñó a su Emilio, aislado en pleno campo con su educador. Desconocía sobre todo el hecho de que el bien no nace de la ignorancia del mal, sino de la victoria sobre el mal. El pecado conduce al conocimiento del bien, como el tanteo y el error, son las condiciones de la verdad. El contacto con los demás no puede ser perjudicial.

en sentido absoluto al niño, entre otras razones porque éste se siente interiormente atraído hacia ese contacto. Sería absurdo y contradictorio que ese interés innato no estuviese refrendado por una necesidad real o que tal necesidad fuese fuente de imperfecciones para el niño. La convivencia de los chicos entre sí es el gran medio, el medio imprescindible para el florecimiento de las virtudes sociales. Kershensteiner insiste repetidas veces en que sólo en comunidad pueden adquirir los niños eso que constituye el núcleo de toda virtud social, el espíritu de servicio y de entrega. Piaget enumera otras virtudes derivadas de una vida de comunidad escolar bien entendida, respeto en la discusión, desinterés, objetividad, iniciativa, disciplina, etc. No podemos aludir aquí a todos los intereses sociales del niño, susceptibles de convertirse con la orientación de la vida.

del educador y con cierto grado de esfuerzo por parte del educando en virtudes sociales. Sin embargo, la obediencia como virtud social merece un capítulo aparte. Ciertamente ha sido el hábito más descuidado por importantes sectores de la escuela nueva, ya que se le consideró como el centro del viejo estilo pedagógico. En este punto, los reformadores suelen aludir con frecuencia a que hoy día no tendría demasiado sentido promocionar en los jóvenes hábitos de sumisión. Quizás en épocas pasadas lo tuviera, por aquello de que había que formar ciudadanos de estados autoritarios o de monarquías absolutas. Pero tal cosa, pensando en los ciudadanos de los modernos estados democráticos, sería sencillamente absurda. De otro lado, parece claro, piensan los reformadores, que la insistencia de considerar a la obediencia como virtud, como virtud social fundamental, ha ocasionado que los jóvenes se sientan más atentos a la vida.

...había ocasionado abundantes males... ...mataba en el niño el espíritu de independencia y de originalidad... ...favoreciendo en cambio las malas tendencias a la imitación y al conformismo. Todo esto no obsta para que los hombres de la educación nueva... ...reconozcan con frecuencia la necesidad... ...de crear en el niño hábitos de docilidad y de disciplina. Quizás sea este último el que más les preocupe. Ferrier llama la atención sobre su imprescindible función social y escolar... ...y no se cansa de esgrimir razones pestalocheanas. Cusiné ha dedicado al tema un importante artículo... ...en el que manifiesta la gran importancia de la obediencia... ...para todo el comportamiento moral del educando. El mando y la obediencia, dice, han producido en el obediente unos hábitos... ...esos buenos hábitos que son lo esencial de la vida moral... ...y la resultante del par... ...mando obediencia útil a la vez.

y al que obedece. Sin embargo, en todos estos pensamientos encontramos la necesidad de que estos puntos de reflexión sean verdaderamente puntos de reflexión para todo tipo de educador que se preocupa por el tema de la educación social del joven.